

Joaquín Leguina

Historias de la calle Cádiz



Ediciones
Irreverentes

Prólogo: Francisco José Peña

JOAQUÍN LEGUINA

HISTORIAS DE
LA CALLE CÁDIZ

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

De la obra: © Joaquín Leguina, 1985

Del prólogo: © Francisco José Peña, 2010

Octubre de 2010

Ediciones Irreverentes S.L

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959- 72-9

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula.

Imprime Publidisa

Impreso en España

LA INTERESANTE NARRATIVA DE UN IRREVERENTE

Mientras la Comunidad Autónoma de Madrid nacía políticamente, su primer presidente e impulsor, Joaquín Leguina Herrán (Villaescusa, Cantabria, 1941), iniciaba una personal andadura literaria como narrador dando a la imprenta *Historias de la calle Cádiz* en 1985. Esta primera obra literaria fue, sin duda, la toma de posesión del autor con la ficción narrativa, complementariamente a que en su haber se encontraran ya algunos discursos singularmente brillantes y obras científicas de economía y demografía, la especialidad universitaria de quien, andado el tiempo, sería uno de los políticos más importantes del socialismo español y un autor de particulares características estéticas.

Tras la muerte del general Franco en 1975 y la transformación del régimen que representaba en una democracia parlamentaria, con el añadido de la desaparición de la censura y la instauración constitucional de la libertad de prensa, la *Literatura Española* pasó también por su propia transición cualitativa y cuantitativa: tras cierta crisis estética y temática de la novela española entre finales de los sesenta e inicios de los setenta, por un lado no existían esas obras literarias que se decía se hallaban ocultas en los cajones de los futuros escritores y que no salían por miedo a la censura y, por otro, surgió una nueva generación de narradores que se vislumbraba ya en 1975 detrás de Eduardo Mendoza y *La verdad sobre el caso Savolta*. Generalmente se trató de nombres que habían nacido en la inmediata posguerra y comenzaban a escribir por aquel momento: José María Guelbenzu, Álvaro Pombo, Juan José Millás, Lourdes Ortiz, Esther Tusquets, Juan Madrid, Jorge Martínez Reverte y Javier Marías, entre otros; a quienes muy pronto se unirían los componentes del *grupo de León* (Juan Pedro Aparicio, Luis Mateo Díez y José María Merino). Con estos últimos, además, tiene puntos de concordancia la estética narrativa de Joaquín Leguina.

El autor cántabro continúa, en mi opinión, una enraizada tradición de las letras españolas de, al menos, los últimos dos siglos: la de quienes siendo políticos también siguen por la senda de la escritura y la de quienes siendo escritores caminan por la senda de la política. Los manuales de literatura al uso nos hablan de que ya en el siglo XIX los románticos José de Espronceda, Mariano José de Larra, Antonio Alcalá Galiano o el Duque de Rivas compaginaron ambas dedicaciones, como más tarde harían en pleno periodo del realismo Juan Valera y Antonio Cánovas del Castillo en el campo conservador o Benito Pérez Galdós en el liberal y republicano. Entrado el siglo XX y bajo presupuestos novecentistas y vanguardistas, socialistas como Felipe Trigo, Max Aub y Julián Zugazagoitia, republicanos como Manuel Azaña y Manuel Ciges Aparicio o falangistas como Rafael Sánchez Mazas, Agustín de Foxá y Rafael García Serrano pusieron su voz y su pluma al servicio de la ideología y la literatura —singularmente la novela— y, en muchos casos, el análisis y entendimiento de su obra literaria es inseparable del *yo político*.

Joaquín Leguina es, en nuestros días, el mejor representante del político intelectual que acaba dedicándose también a la escritura, lo hace bien estética y temáticamente y, además, aglutina en torno a su obra literaria y a sus columnas en la prensa escrita a un público lector fiel.

El proceso de gestación de *Historias de la calle Cádiz* surgió a principios de la década de 1980, hasta su publicación en 1985 por ediciones Akal. En ese periodo el autor desempeñó los cometidos de concejal de Hacienda del Ayuntamiento de Madrid, diputado nacional por la provincia de Madrid y, desde 1983, presidente de la Comunidad Autónoma de Madrid. El libro de relatos estaba compuesto en aquella primera edición por quince cuentos: *El Machichaco*, *Los panaderos*, *El Obispo*, *El bombardeo*, *Un Citroën-7*, *El fuego*, *Isidora Morales*, *El chico de la bicicleta*, *...Empieza a amanecer*, *La progre*, *Un poco de heroína*, *Crónica de un bandido*, *Lecároz*, *Cumplir los cuarenta o el balneario horizontal* y *Aquel martes*. El elemento que da unidad a la obra es el edificio de la calle de Cádiz, número 20, de

Santander, en el cual transcurren casi todas las historias relatadas y que representa el punto de partida o de encuentro de una serie de personajes tipo que aparecen al lector *in media res* e intentan constituir cuentos formativos.

En 1990 tuvo *Historias de la calle Cádiz* una nueva edición, esta vez en la también madrileña editorial Mondadori, pero con significativas variantes. Esta segunda edición recogía trece cuentos y no en el mismo orden que la primera: *La progre*, *La magia de los Reyes Magos*, *...Empieza a amanecer*, *Cumplir los cuarenta o el balneario horizontal*, *Un poco de heroína*, *El chico de la bicicleta*, *Isidora Morales*, *El bombardeo*, *El fuego*, *El Obispo*, *Un Citroën-7*, *Los panaderos* y *El Machibaco*. Además, Leguina incorporó un nuevo cuento que no aparecía en la edición anterior, *La Magia de los Reyes Magos*, una historia con tono navideño. Por otro lado, independientemente de la incorporación de ese nuevo relato, desaparecieron tres de los que se recogían en el apartado *Otras historias: Crónica de un bandido*, *Lecároz* y *Aquel martes*.

Como el lector podrá comprobar, esta nueva edición de 2010 en Ediciones Irreverentes sigue fielmente el proyecto original que vio la luz en 1985 y, por ello, se pueden establecer tres grandes temas en los que agrupar el conjunto de relatos que nos presenta Joaquín Leguina:

Bajo una *temática histórico-política* se recogen *El Machibaco*, *Crónica de un bandido* y *Lecároz*. Los dos últimos cuentos de *Historias de la calle Cádiz* adoptan un tono más íntimo, autobiográfico, y se separan del punto de vista realista y costumbrista de los anteriores; además, ya no nos encontramos ante una voz narradora convencional, sino que el narrador es, a su vez, protagonista, por lo que predomina la primera persona. *Cumplir los cuarenta...* y *Aquel martes* son «dos peripecias personales bien distantes y distintas», en palabras del propio autor, que el lector encontrará al inicio de este volumen de cuentos.

La *guerra civil* es uno de los grandes temas de la obra literaria de Joaquín Leguina y que aparece plenamente en este libro. El fratricida conflicto bélico de 1936 subyace como contexto histórico en *Los panaderos*, *El Obispo*, *El bombardeo* y *Un Citroën-7*.

El último grupo de cuentos es el que denominaremos de *amor y desamor*. *El fuego*, Isidora Morales (la protagonista de este cuento cobrará mucha mayor importancia literaria, más tarde, en la novela *La tierra más hermosa*), *El chico de la bicicleta* y *...Empieza a amanecer*.

Uno de los cuentos más conocidos de Joaquín Leguina es *La progre* de estas *Historias de la calle Cádiz*, cuya segunda edición, de 1990, comenzaba con este relato, y algunos años después, en 1997, también sería incluido en el ensayo *Malvadas y virtuosas. Retratos de mujeres inquietantes*. Finalmente, el libro se cierra con *Un poco de heroína*.

Me acerqué por vez primera a la obra de Joaquín Leguina por medio de la directora de cine Pilar Miró. Una noche del invierno de 2002 o 2003, ya de madrugada, Televisión Española pasó la película *Tu nombre envenena mis sueños* basada en la novela homónima que publicó el autor en 1992. Quedé fascinado. Al día siguiente busqué una edición de la novela, que encontré en formato bolsillo y que devoré en dos o tres tardes. A partir de entonces, el resto de la obra del político socialista fue pasando por mis manos y por mis horas de estudio doctoral, hasta acabar convenciéndome de que la obra literaria de Joaquín Leguina tiene el suficiente interés y «gancho» como para ser tema de una tesis doctoral. Y así fue y el trabajo se titula *La obra literaria de Joaquín Leguina (1985-2006)*. Defendí la tesis —en la que expliqué también los entresijos de *Historias de la calle Cádiz*— en la Universidad Autónoma de Madrid en mayo de 2008.

Joaquín Leguina es, en mi opinión, un político íntegro, independiente e intelectual y esos eminentes rasgos se dejan entrever nítidamente en su obra literaria. Pero, del mismo modo, el autor de estas *Historias de la calle Cádiz* se mueve bien en las procelosas aguas del relato —como se comprobará en este mismo volumen— y de la novela policíaca. La prosa vívida y ágil y el posicionamiento magistral en torno a un punto de vista omnisciente hacen que el lector siga con interés y soltura cuanto lee en las obras del escritor cántabro —y madrileño, que por mérito y ejercicio nadie se lo discutirá.

Al pronto, Joaquín Leguina puede parecer un tipo silencioso, una persona seria o distante; otra cosa es cuando lo conoces: jamás deja indiferente a nadie ni en su conversación ni en sus puntos de vista sobre lo humano, dentro y fuera de estos cuentos que el lector tiene entre manos. Las presentaciones de sus libros congregan a lectores fieles y siempre facilitan un gran titular de prensa: la gente sabe que detrás del escritor hay un gran político y un imprescindible intelectual plagado de vivencias y lecturas.

He de reconocer que prologar un libro de Joaquín Leguina es un lujo, como considero un acierto de Ediciones Irreverentes recuperar estas *Historias de la calle Cádiz*, de las cuales recomiendo al lector la lectura y relectura de *El Obispo*, *Un Citroën-7*.y *Un poco de heroína*, sin dejar de lado el conjunto. La literatura del ex presidente de la Comunidad de Madrid es, en mi opinión, lo que buscan la mayoría de los lectores exigentes y sobre todo *irreverentes*.

Ahora es el lector el que debe adentrarse en estos cuentos, en estas *historias*, no exentas también de cierta ironía y humor, magníficos retratos de la mujer protagonista, gran conocimiento de la historia y, sobre todo, una gran dedicación a la escritura.

FRANCISCO JOSÉ PEÑA RODRÍGUEZ
Universidad Autónoma de Madrid

In memoriam

Quiero dedicar las páginas que siguen a un santanderino
impenitente, mi padre: *Joaquín Leguina*

EXPLICACIÓN PREVIA

Las historias que aquí se narran tienen por nexo una casa de la calle Cádiz en Santander, pues ocurrieron a la altura de su actual número veinte. Además, dos hechos relevantes en la historia de una ciudad muy relacionada con el fuego y el mar sucedieron muy cerca de allí: el 3 de noviembre de 1893 explotó el *Cabo Machichaco*, un vapor cargado de dinamita, causando una herida que aún hoy se recuerda. Y un sábado de febrero de 1941 se inició un incendio que arrasó con una buena parte de la ciudad. De entre las que siguen hay dos historias, *El Machichaco* y *El fuego*, que están relacionadas con aquellos acontecimientos.

El edificio del número 20 de la calle Cádiz era propiedad de don Ángel Fernández, un «indiano» de México que trataba con deferencia a los amigos de sus hijos, entre quienes estaba quien esto escribe. Durante algunos años, agradables quizá también por la distancia que el tiempo procura, nos reuníamos en el ático de aquella casa (un penthouse se diría ahora) con el pretexto de estudiar y el fin cierto de jugar a las cartas y charlar en los días de diario y de bailar en fines de semana o en vacaciones. Desde aquella terraza se contempla el hermoso paisaje de la bahía y, lo que más nos importaba entonces, se podían oír discos y bailar, así en el invierno (dentro) como en el verano (fuera). Fue allí donde intuimos que ellas tenían una grata textura.

La historia que por ser la más añosa abre esta corta serie: *El Machichaco*, debe mucho, como el lector puede comprobar, al libro de Rafael González Echegaray *Naufragios en la costa de Cantabria* y a la *Noticia circunstanciada de la explosión del vapor Cabo Machichaco* editada al año siguiente de la explosión por L. Blanchard en Santander.

Los panaderos tiene que ver con una parte querida de mi infancia, pasada al olor del pan caliente escuchando historias a los panaderos en la tahona que mi abuela Pilar tenía en Villanueva de Villaescusa.

Hay también tres historias relacionadas con la guerra civil. Una, *El Obispo*, tiene que ver con la aventura personal de mi abuelo Fernando. La segunda, *El bombardeo*, recoge el descubrimiento que del amor hace un niño en mitad de la guerra. La tercera, *Un Citroën-7*, es la narración de un rechazo que termina en vómito.

En *El fuego*, ligada, como ya se dijo, al hecho traumático del incendio, se narra un imposible reencuentro, con el ruido del viento como fondo.

Isidora Morales es la historia de una extraña venganza y fue el inicio de una novela: *La tierra más hermosa*.

El chico de la bicicleta es una anécdota que a todos nos hubiera gustado protagonizar.

Empieza a amanecer, frase tomada del himno falangista, narra el trágico final de un partidario de la revolución pendiente.

La progre y *Un poco de heroína* son, en clave de humor, dos narraciones con la miseria varonil como telón de fondo.

Las *Otras historias* no ligadas a la calle Cádiz son de variopinto origen: *Lecároz*—un pueblo cercano a Elizondo— recoge hechos en una narración inspirada en la historia que sobre el caso escribió Ros de Olano, testigo de aquellos hechos, y *Cumplir los cuarenta* y *Aquel martes* son dos peripecias personales bien distantes y distintas.

EL MACHICHACO

A la fresca de un atardecer, durante el verano en el que cumplí los trece años, le oí contar a mi abuelo un sucedido:

Una tarde de noviembre, cuando él volvía de la escuela oyó un enorme trueno que, según luego se supo, era la explosión, a doce kilómetros de allí, en la bahía de Santander, de un barco cargado de dinamita.

De aquella narración se me quedó grabado un nombre y un azar: mi abuelo habló de Fermín Uribe, que se libró de la muerte por un error. También habló de la novia de Uribe. Años después he podido recomponer los trazos de aquella lejana historia.

I

En 1888 y con sólo veinte años, Fermín Uribe, contratado por la compañía Ibarra, tiene buenos motivos para estar alegre esta mañana gris de octubre al subir a su barco en el muelle de Deusto. Acaba de ser designado segundo oficial y, aunque apenas conoce al capitán, don Facundo Léniz, ha conseguido convencerlo para que le otorgue un breve permiso cuando el barco atraque en Santander, donde habrán de pasar una cuarentena a causa del cólera.

—Las guerras no traen más que miserias —murmura Léniz a sus dos oficiales—. Con suerte podrá usted disponer de algunos días de asueto, si tiene la habilidad necesaria para pasar desapercibido por los controles. Espero que la cuarentena le sea propicia —le dice con gesto cómplice.

—Lo intentaré —concluye, tímido, Fermín.

El pasado verano estuvo en casa de su primo, cerca de Santander, en Guarnizo, y allí conoció a Delia, con quien intimó... y mientras coloca sus pertrechos en el camarote situado a babor, no deja de pensar en ella. Recuerda los paseos hasta el camino real y las miradas furtivas en presencia de la hermana mientras los tres contemplaban pasar el tren. Le gusta entretenerse mientras se cambia de ropa evocando la espigada figura y la sonrisa dulce de la joven Delia.

De las dos semanas pasadas en Guarnizo, hay una tarde que está muy presente en su recuerdo. Quizá porque el verde de los robles era más brillante o, lo que es más probable, porque fue en esa tarde, subido él con las dos hermanas en un coche ligero, cuando el potro los llevó hasta el mar de El Astillero, al fondo de la bahía. Fue junto al «muelle de los ingleses», en la atardecida, cogida con su mano derecha la izquierda de ella, cuando acercaron sus caras movidos por idéntico impulso hasta juntar sus labios en un beso muy breve.

El «Cabo Machichaco» está recibiendo en Bilbao sus últimas cargas de hierro este 24 de octubre. Vigas de hierro, planchas, tes, raíles, flejes, remaches... suenan, al caer de la grúa, como manotazos sobre la cubierta superior. El destino es Santander, Sevilla y Cartagena. A bordo hay también mil setecientas cajas de dinamita que contienen más de cincuenta toneladas de ese material explosivo procedente de la fábrica de Galdácano. Allí están, estibadas contra las brazolas de las dos primeras escotillas, veinte enormes frascas que contienen doce toneladas de ácido sulfúrico.

El vapor —al que mueve una máquina de dos cilindros y 160 caballos— lleva en el centro dos palos y una chimenea. Su proa es recta y su popa de espejo. Fue construido en Newcastle en 1880 y se inscribió en Sevilla, a cuya Marina pertenece. Tiene 1.700 tone-

ladas de registro bruto, 260 pies de eslora, 34 de manga y 19 de puntal y lleva ahora el nombre de «Cabo Machichaco».

Con el amanecer del día 25 de octubre llega a la embocadura de la bahía, en Santander. El práctico y un médico acompañan al vapor hasta el fondo de la Ría de Solía, junto al lazareto de Pedrosa, donde fondea y se dispone a pasar los días de la cuarentena.

El viernes 27 de octubre, Fermín, ayudado por el Mayordomo del barco, Ignacio Urrutia, y dos paleros, Fructuoso Vanes y José Moreiras, lanza un bote y, clandestinamente, desembarca con la pleamar de la noche al lado del puente de San Salvador. Antes de partir, el Capitán le ha recordado que el viernes 3 de noviembre, al atardecer, debe volver al barco en este mismo sitio.

Llovía cuando Fermín llegó a la carretera, y el largo caminar de aquella noche infame no se le olvidará fácilmente. Cuando, pasadas las once, llamó en la portalada de su primo y le abrieron, había dejado atrás, entre los barrizales del oscuro camino, una muerte segura.

II

Delia es una de las dos sobrinas de Florencia, la mujer de Juan, que, huérfanas de padre, viven junto a su madre en esa casa desde hace cuatro años. Una casona grande, con torre adosada, solitaria en aquel valle que al norte está cubierto por una loma llena de encinas y cagigas.

Cuando Fermín entra en la cocina de baldosas oscuras de pizarra, se encuentra a buena parte de la familia jugando a las cartas alrededor de una mesa cuadrada donde alumbra un candil de petróleo. Su gorra de plato y su capote azul recién comprado choorean cuando los entrega para que se sequen al calor de la lumbre

ya en rescoldos. Aunque cenó antes de abandonar el barco, la sopa que le sirven le alivia de la mojadura.

Las gentes de esta amplia familia son parcas en palabras y hablan en tono bajo, pero el viajero sabe que allí se le acoge con simpatía y cariño. Se encuentra, de verdad, en su casa y eso piensa cuando, después de comprobar que su maletín de fuelle ha resistido la lluvia, se mete en la cama y percibe la ligera humedad de las sábanas limpias y el peso agradable del cobertor de lana castellana.

Avanzado ya el sábado, la luz de la ventana le despierta. Está solo, pues el «sobrino» —los hijos de su primo le llaman «tío»— que ha ocupado la otra cama ha salido ya al campo. Por la ventana abierta están al alcance de la mano las ramas de un enorme cerezo, pelado por el otoño... y pronto aparece Delia con una bandeja donde vienen un tazón de leche y un buen trozo de borona para su desayuno. Entre dos platos de porcelana blanca, Fermín descubrirá más tarde un par de huevos fritos.

En camiseta y con los largos calzoncillos de felpa, salta de su cama —de anchura de canónigo— para abrazar desde su altura, por encima del metro ochenta, la escurrida y hermosa figura de la moza. Mientras da cuenta, con buen aire, de la colación, ella se sienta muy cerca y casi sin palabras van pasando los minutos, entre cortas sonrisas y las miradas y caricias de él sobre el fino cabello de la joven, estirado hacia atrás en un moño.

Será una semana llena de promesas, los besos irán creciendo en número y las caricias acabarán por inundarlo todo.

Desde los aún no cumplidos cincuenta años, el primo Juan, patriarca de aquella tribu laboriosa, le hará bromas en euskara (lengua común desconocida por el resto) acerca de la locura transitoria en que el amor le ha sumergido y que levanta, en aquella tropa mayoritariamente juvenil, más de una sonrisa de complicidad.

III

Delia está triste esta mañana de viernes, tres de noviembre, porque llegó la hora de partir. En el momento de sentarse junto a él para desayunar, unas lágrimas rebeldes le hacen taparse la cara con las manos. Fermín deja el tenedor y, tras utilizar la servilleta, pone a la joven sobre sus rodillas y comienza un silencioso y pertinaz discurso de besos y caricias. El corpiño se abre sin que ella muestre resistencia alguna y los dos firmes pechos, suaves como la fruta en el verano, quedan libres de trabas. Las miradas encendidas se pierden una en otra y ella acaba haciendo algo que por inesperado él agradece más. Se pone en pie con aire decidido, va a la puerta y cierra la aldabilla, pero no vuelve hacia donde él espera sino, con decisión, descalza ya, apila cuidadosa sus complicadas ropas sobre el sillón de orejas que hay junto a la ventana, le dice «Ven» y se mete en la cama.

La luz de un sol risueño invade desde primera hora la habitación y por las ventanas se ven los árboles que pueblan un prado verde y brillante. La tibieza que encuentra el marinero bajo las sábanas, le lleva a la estación dorada sobre una playa conocida y cálida.

El hierro había abandonado ya el cuerpo de Fermín cuando la cabeza sedosa con el moño deshecho y convertido en una cascada se extendió sobre el pecho tranquilo y confortable del joven. Una voz femenina, la de la hermana, les saca de sus sueños. «Voy» dice ella, mientras con lentitud se desprende de un abrazo que los dos hubieran querido que durase más tiempo. Al cambiar las sábanas, ella le muestra entre orgullosas sonrisas la pequeña herida roja que han dejado sobre la sábana arrugada.

Esa tarde, en el último encuentro, de vuelta por el camino que lleva desde la fuente junto a la escuela hasta la casa, van a encontrar

al «sobrino» menor, que acaba de salir de la escuela, y mientras dan los primeros pasos juntos se oye un potente estampido lejano, que sólo puede deberse a una explosión. Fermín mira el reloj y son las cinco menos cuarto. Piensa, sin decir nada, en la dinamita de su barco, pero razona para sí que la dinamita no explota si no es mediante un detonante, pero no acaba de tranquilizarse y acelera el paso para llegar pronto a la casa. Allí todos comentan el brusco movimiento de los cristales cuando se escuchó el trueno.

La dulce despedida, solos otra vez en el cuarto donde unas horas atrás ellos también han provocado una explosión, va a estar empañada por la duda de si ese lejano y sordo ruido les concierne.

—Ha estallado mi barco, estoy seguro —confiesa Fermín.

—¿Por qué piensas en eso? —solicita ella, y añade:— La explosión no ha sido en Astillero, era más lejos.

—Tengo esa corazonada —contesta el marino mientras la abraza con suavidad, como si temiera hacerle daño con la fuerza de sus grandes manos, que se entretienen lentamente en su espalda hasta llegar a las dos redondeces prietas de sus nalgas, que entre sus dedos se hacen más pequeñas.

Adolfo, el «sobrino» con quien ha compartido la habitación durante la última semana, es quien le acerca en la «Serré» hasta el muelle del Astillero. Fermín se entera allí de que su barco, adelantando la salida, partió en la madrugada. Todo el mundo comenta en el pequeño puerto lo que parece que ha sido una explosión en Santander. Ratificándolo, en la tarde limpia de nubes, se levanta al fondo, sobre la ciudad, un humo negro. Una «corconera» está pronta a partir hacia la capital y él sube a bordo con nervios mal sujetos.

IV

A las seis de la mañana de ese viernes horrible, el contramaestre Martín Aveses avisa al capitán Facundo Léniz de que se les autoriza a desembarcar en el muelle dos de Maliaño, pues el buque «Navarro» ha de aprovechar la marea de la tarde para hacerse a la mar y antes quisieran recibir los doscientos fardos de papel que van en el barco de Léniz.

Parten de El Astillero y a las nueve de la mañana y poco después inician el atraque en el muelle segundo de Maliaño. Allí comienzan las operaciones de descarga. Es un muelle de doble cabeza frente a las calles de Calderón y de Méndez Núñez.

El primer oficial pregunta al Capitán por Fermín Uribe.

—No te preocupes, si es listo no se perderá y si no es listo es igual que se pierda —contesta Léniz animosamente mientras atiende al marinero Lachica, que anuncia un hecho casi normal y que a la postre acabará por provocar una tragedia.

Pedro Lachica ha visto cómo una frasca de ácido sulfúrico ha reventado por el golpe de una viga movida a destiempo por la grúa y el humo que sale del líquido le asusta, pero cesa enseguida, aunque el líquido se filtra hacia las bodegas. Al poco tiempo el fuego en la bodega es ya un hecho. El capitán, a quien se le ha borrado su perenne sonrisa, manda un aviso a las autoridades. Los bomberos, que llegan en tropel a los pocos minutos, anegan con agua las dos bodegas escorando a estribor el buque y, lo que va a ser fatal, mojan-
do en abundancia los cartuchos de la dinamita, que comienza a exudar la nitroglicerina que lleva en sus entrañas.

Léniz, que desconoce el efecto del agua sobre la dinamita, tras dos horas luchando con un fuego tenaz, da por perdido el barco y decide hundirlo para lo cual reclama la presencia del «Auxiliar n.º 5» de la trasatlántica. Las autoridades de la ciudad y del puerto que

se amontonan en el «Machichaco» pasan al «Auxiliar», que embarca más de ochenta personas y se acerca sobre babor al vapor de Léniz para perforarlo bajo la línea de flotación y hundirlo. Con los primeros golpes la nitroglicerina estalla y con ella, por simpatía, la dinamita colindante.

V

Tenía el vapor, justo en ese momento, la contraseña largada en la perilla del trinquete y los puntales de la bodega, en proa, abanicaban sobre la machina, el de popa estaba a medio izar, la línea de los muelles era un hormiguero de curiosos. Las casas de enfrente estaban llenas de espectadores sobre los balcones y terrazas. La explosión partió por la mitad el buque cuya proa se fue a pique sobresaliendo tan sólo una parte de la popa. El trinquete, la chimenea, el puente y el alcázar volaron por los aires muy lejos. Resistió el palo mayor, quedando en pie sobre el agua que anegaba la cámara de la toldilla. La explosión levantó una columna enorme de agua y basa que se desplomó en segundos sobre la multitud enloquecida, adentrándose más de seiscientos metros en tierra y arrastrando al volver hacia el mar los cuerpos de miles de personas.

Las casas de cuatro pisos de Calderón y Méndez Núñez fueron barridas como naipes. Muy pocas resistieron el empuje de la explosión y la metralla. Una viga voló hasta la catedral y destrozó el claustro. La entonces diminuta calle Cádiz se incendió por completo y lo mismo ocurrió en toda la zona. El incendio duraría tres días.

Más de mil muertos, entre los cuales las autoridades pagaron el más alto precio por su inutilidad. Fue un golpe despiadado sobre una población sorprendida por el terror en aquella tarde llena de sol.

Cuando Fermín desembarcó en la dársena y vio aquello, una sensación de abandono le inundó por dentro. Un joven marinero, de quien se haría amigo, Pachín González, le contó todo lo que vio desde su barco, el «Catalina». Juntos se dedicaron esa noche y los días siguientes a apagar el fuego de la calle Cádiz y de Méndez Nuñez.

VI

Fermín Uribe cumplirá pronto los ochenta y en esta tarde de agosto de 1947 ha querido venir hasta la antigua machina de Maliaño, desde su casa en la calle del Martillo. Anda despacio y, quizá por el sol, que hoy ha salido, se cubre su cabello blanco con una chapela grande que llena de sombras su cara azotada y enjuta. Viudo desde antes de la guerra y con seis hijos ya crecidos, hoy es día para acordarse de otro día, que por tantas cosas, marcó el rumbo de su vida. Hoy van a tirar el muelle de tablas y de hierro donde un día estalló su barco.

Sabe, pues lo ha oído esa misma mañana en el café «El Áncora», que la draga está sacando un pecio en la machina y todos suponen los restos son los del «Machichaco». Cuando se acerca al muelle encuentra sobre él una quilla, el pantoque, las varengas, las tracas de aparadura y el pie de roda. Hierro, en fin, con roblones de brillo azul y restos de madera embutida entre los angulares. Aquellos restos del naufragio le hacen latir su ya usado corazón y el recuerdo —todos los recuerdos que vuelven con las olas— pasa, como en una película, por su imaginación. Tras contemplarlo todo, da media vuelta sobre su bastón y se aleja mientras la tarde cae con ribetes rojos de viento sur, caliente y dulce.

Paseando por la calle Cádiz, a la altura del número 20 contempla un enorme hueco en cuyo fondo se ven unos cimientos

incipientes. Su porte adusto y grave atrae a un joven arquitecto, que dice llamarse Escalante, quien le explica cómo será la casa que allí se pretende levantar.

LOS PANADEROS

*Que ce soit en grande pompe
comme les gens bien
ou bien dans la rue
comme les pauvres et les chiens.*

*Jamais de la vie
on ne l'oubliera
la première fille
qu'on a pris dans ses bras.*

GEORGES BRASSENS

Aprendí de los panaderos en aquellos años anteriores a la guerra todo lo que sé hoy acerca del amor en su expresión más simple, la del sexo. De las muchas horas que pasé en mi primera juventud junto a los panaderos, hay una tarde de domingo en un verano, poco antes de la guerra, que destaca sobre las demás.

* * *

El camino real que sube serpenteando desde Solía hasta Sarón pasa por un pueblo llamado Villanueva, en el que vivimos durante algunos años antes y durante la guerra. Allí alquiló una casa mi padre cuando le destinaron en 1929 como secretario del Ayuntamiento. Era una casa amplia, con una huerta donde se plantaban lechugas, tomates, patatas y judías, plantas estas últimas que ascendían como enredaderas sobre las del maíz. En el otoño, nuestros vecinos nos prestaban una yunta de vacas suizas para arar la tierra y dejarla lista

para la sementera. De la siembra se encargaba un caballo que tiraba de una máquina sembradora. El caballo nos lo prestaban en la panadería, de entre la media docena de ellos que servían para repartir el pan por los pueblos aledaños y también para mover la gran batidora donde se hacía la masa los muchos días en los que la electricidad se cortaba.

Al caer la tarde, yo acudía a la tahona, frente a nuestra casa, cuando la primera tanda de panaderos comenzaba su faena. Los distintos turnos, cuyo trabajo concluía a las seis de la mañana, estaban compuestos casi siempre por las mismas personas. En el primero de ellos, el oficial que manejaba la pala se llamaba Ramón Santiuste y no sólo era el encargado de la labor más dura frente al horno de leña, además dirigía la labor de los demás panaderos. Era un hombre alto y fuerte, que, como todos, se cubría con una boina negra y tenía las manos largas y delgadas. Había metido a todos los del turno en la UGT, en un sindicato llamado de «artes blancas», cuya sede estaba algunos kilómetros más abajo, pasada la estación de Guarnizo, en un edificio que todos conocían como «casa del pueblo».

Mi hermano pequeño, Federico, y yo nos pasábamos las horas muertas viendo hacer el pan y escuchando la charla de los panaderos. En el invierno era muy agradable estar allí, al calor del horno, viendo salir los panes y las tortas manejados con rara habilidad por la pala de Ramón. Los sacaba de dos en dos y de tres en tres y con un solo movimiento de muñeca los panes caían sobre un gran cesto de mimbre. Nunca vi que un solo pan se le marchara del canasto.

—Anda, chico, llévale una torta a tu madre para el desayuno y ya la pagará mañana —solía decirle a mi hermano cuando volvíamos a casa, pasadas las doce de la noche.

Los panaderos hablaban sobre todo de política y de mujeres. De mujeres, es decir, de sexo. Nuestros oídos estaban muy abiertos a

ambas cosas, a la primera porque allí las opiniones chocaban con las de nuestro padre.

Hay que cortarle, hay que cortarle
la cabeza a Gil Robles
p'a que no hable

canturreaba frecuentemente Martín, un panadero de menos de veinte años con grandes manazas y pelo crespo.

—No digas sandeces, chaval —solía contestarle Ramón—. No hay que cortarles nada, sólo el suministro de dinero. Sin dinero tendrían que ponerse a trabajar como nosotros y san-se-acabó —concluía entre las sonrisas de los demás.

Hablaban de mujeres con un desparpajo que raras veces he vuelto a encontrar en el ya largo paso de los años. No había sobrentendidos. Se describían con precisión los más variados coitos sin ocultar detalles. Hablaban de cómo se lo hacían con sus mujeres, con sus novias algunos y, sobre todo los lunes, de cómo les había ido en sus visitas dominicales a los burdeles de Santander. A mi hermano y a mí se nos abrían los ojos y se nos disparaba la imaginación, pero en aquellas historias no había maldad ni sentido de la transgresión, aunque sí complacencia. Una chispa de complicidad o compadreo adobaba las gracias, nunca amargas, que las narraciones levantaban. Faltaba allí la voz de las mujeres, y, como es obvio, esa ausencia introducía un tono sesgado, unilateral, acaso despectivo, que provocaba en el oyente una simpatía por la mujer protagonista e indefensa.

Más tarde me ha sido imposible narrar a un congénere cualquier experiencia personal de ese tipo y, sin embargo, sí lo he podido hacer con las mujeres.

Hay un machismo tabernario que busca la complicidad de los del mismo sexo que, con el tiempo, se ha extendido también a las mujeres, pero en descargo de los panaderos he de decir que su inocencia les redime.

Un sábado de junio, recién inauguradas las vacaciones, ya cerca de San Juan, uno de los panaderos me dijo:

—Vente mañana a Santander, porque tú, mucho estudiar, pero me parece que «no conoces Santander». Anda, que nosotros te llevamos.

Me quedé mirándole como quien espera el bromazo y recela de aceptar una invitación.

—Sí, vente —terció Ramón Santiuste—, no digas nada en casa, que volveremos pronto.

Al día siguiente me las arreglé para no quitarme la ropa de ir a misa y después de comer me puse en la ventana a la espera de ver llegar a los panaderos que, antes de tomar el camino de la estación, se paraban en el bar del cruce, entre el camino real, ya entonces asfaltado, y el de guijo que llevaba al ferrocarril. Pronto llegaron con sus camisas limpias y sus pantalones pulcros y planchados. Cuando entraron en el bar me acerqué, como disimulando, y, luego, sin problemas, me uní a la comitiva. No hacía calor aquella tarde y cuando llegamos a Santander me llevaron hacia la calle Cádiz, donde estaba la casa de la «señora Claudia», así la llamaron. «A desatascar la cañería», dijeron.

—Vaya, ya están aquí los panaderos. Y este crío, ¿quién es? —dijo una señora entrada ya en edad y en carnes.

—Es el pinche —contestó Ramón entre risas.

—No me vayáis a meter en un lío, que ésta es casa decente —previno la mujer.

Y nos pasó a una pieza con una radio y varios asientos cómo-

dos, aunque viejos, donde —entre risas de ellos y timideces mías— nos sentamos.

—¿Cuántos os vais a ocupar? —preguntó la señora Claudia.

—Tú saca el personal a que se oreo y no me seas tacaña —dijo Ramón.

Salieron varias chicas en «*desbabillé*», lo cual me resultó sorprendente y lleno de estímulos ocultos. Se reían, enseñando los dientes y las piernas.

Ella tenía los labios pintados de un rojo encendido, sus piernas delgadas se cubrían con unas medias de seda y en su cara, donde resaltaba el colorete, había algo de inocente y de canalla. Me miró, se sonrió y no me dijo nada. De pronto, se volvió y me fulminó con una pregunta que había temido recibir hacía ya rato.

—Tú, ¿cuántos años tienes?

—Diecisiete —mentí, y se me subió el pavo. Se acercó y me dio un beso en la mejilla. He recibido desde aquél algunos otros besos, pero nunca ninguno me sacó de un apuro semejante.

—Si te gusta Carmela vete con ella. No te preocupes por el dinero —me dijo Ramón al oído, entre las risas de los contertulios.

—¿Y a mi no me preguntas si estoy de acuerdo? —le espetó la muchacha.

—Bueno, si tú también quieres. No te me enfades ahora —aceptó Ramón conciliador.

—Yo sí quiero, me cae bien este crío, pero podías preguntar, ¿no?

Desde la ventana abierta que daba a la bahía se veía el mar en calma y muy lejos, recortado en el horizonte, Somo. En el muelle, lo recuerdo muy bien, había varios barcos atracados.

Cuando la chica me llevó hasta una habitación y pidió a voces una jofaina y agua, el alma se me atravesó en la garganta y me puse a temblar como si una ventisca me hubiese penetrado en los huesos.

—No tengas miedo —me dijo ella al verme así.

De pronto, Martín, que había trasegado demasiado coñac, abrió una puerta y entre grandes carcajadas dijo:

—«Cuidao», chaval, no lo confundas con el ombligo.

Me volví y lo miré con odio.

Ella cerró la puerta con llave y se quitó las medias. Cuando estaba deslizando hacia arriba su saya traslúcida llamó la señora Claudia y entró con una gran vasija de loza blanca llena de agua caliente. En la mano traía una pastilla de jabón de lavar ropa y sobre el poderoso hombro llevaba una toalla limpia. Cuando la señora Claudia salió, ella siguió quitándose las prendas mientras me miraba entre sonrisas.

—¿Te vas a quedar así? ¿Es que tienes frío? —me dijo.

Se me paró el tembleque en cuanto puso su mano sobre mí.

Me quité los pantalones bombachos como pude, y ella, que me miraba sonriente, me ayudó con los botones de la camisa blanca. Los zapatos y los calcetines salieron de su sitio sin demasiado esfuerzo. Me quedé en calzoncillos, de pie, incapaz de moverme. Entonces, ella, que estaba desnuda, se puso de rodillas y deslizando sus dos manos por mi espalda me bajó los calzoncillos hasta medio muslo. Unos calzoncillos blancos, impolutos, que con sumo cuidado, intuyendo la responsabilidad en que incurría, había elegido por la mañana, antes de ir a misa.

Su boca me acarició y su cabello suave golpeó con suavidad mis hijares. Cerré los ojos y noté que reventaría dentro de su boca. Ella, paciente, quizá por saber de sobra que no resistiría mucho tiempo, se demoraba.

Fue justamente entonces cuando una carrera de risas en el pasillo acabó por desembocar sobre la puerta de la habitación en donde estábamos. Era Martín con su melopea quien gritaba.

—Vamos, chaval, ¿cómo te va la cosa?

—Deja al muchacho, imbécil, no le estropees esto —le dijo a gritos la muchacha.

Y se apartó un segundo de mí y de mi disminuida virilidad.

—Échate en la cama —me dijo— y no te preocupes, que ése no vuelve por aquí.

Le obedecí como un perrillo. Vino hacia mí y recommenzó sus caricias de algodón. Cerré otra vez los ojos. En un minuto más, noté por primera vez que aquello era distinto y me deshice en el calor de su boca, que no me abandonó hasta mucho después de que todo hubiera acabado. Se levantó sin esfuerzo con sus piernas de corza, y fue hacia la jofaina. Luego se volvió sonriendo.

—¿Estás bien? —preguntó.

No supe contestar, sólo afirmé con la cabeza.

—Dame un beso, me dijo mientras se acurrucaba a mi lado.

Su cuerpo era dulce como el calor en el invierno. Le di un beso en la mejilla y ella ser rió al decirme: «No es así, tonto». Luego noté sus labios y después su lengua dentro de mi boca. A mis dieciséis años, aquella tarde, mientras me acariciaba la cabeza, me sentí en el paraíso.

Ella cerró los ojos y al poco tiempo me volvieron con fuerza las ganas de tenerla. Su mano se posó en mi vientre y enseguida su cuerpo se deslizó bajo el mío. Me abrazó y así estuvimos unidos mucho rato. De ponto, ella cerró los ojos y comenzó a dar gritos entrecortados mientras movía su cuerpo. Yo no sabía bien lo que pasaba, pero intuí que aquello era el final y también el principio. Estábamos alcanzando juntos la cima de la misma cordillera.

Nunca sabré si dos amantes llegan al mismo sitio o si las cosas —en apariencia tan iguales como las yemas de los dedos— son todas diferentes, pero aquel día estuve seguro de sentir cuanto ella sentía... y cuando se separó de mí y besó mi mano y mi mejilla no tuve el valor de decirle lo que sentía por ella.

Salí del cuarto como en volandas, y durante la tarde y en el viaje de vuelta apenas pude hablar y todos respetaron mi silencio. Sólo Ramón, ya cerca de mi casa, me recordó, en un aparte inútil, que no debía contar nada a nadie.

Han pasado los años y con ellos se me han ido del recuerdo muchas cosas, pero aquélla sigue ahí. También otra mañana gris en el octubre del año en que acabó la guerra, teniendo yo recién cumplidos los veintiún años y yendo en Santander desde la estación hacia correos, me crucé con ella. Iba seria y de luto y en sus ojos había una pena indecisa. La miré y se fijó por un momento en mí. No me reconoció y sin embargo aquella mirada triste se quedó para siempre conmigo.

EL OBISPO

En los primeros meses de la guerra, Santander era una ciudad de veraneo sin veraneantes y el paseo que los santanderinos llaman «el muelle» sólo se veía turbado, de vez en cuando, por el ruidoso paso de las camionetas de la FAI, organización que se había poblado de gente marginal al calor de la confusión reinante.

Nunca se supo cómo, pero al obispo —que era vasco— lo detuvieron y lo metieron en la cárcel. Lo habían encontrado vestido de paisano en una pensión cercana a la Catedral, precisamente en la calle Cádiz, en el número veinte.

Era intención de las autoridades canjear al obispo por algún prisionero de Franco y no se les ocurrió mejor forma de ponerle a recaudo de los libertarios —muy dados por entonces al «paseo»— que meterlo en la cárcel.

* * *

La voz corrió por las galerías como reguero incandescente y el obispo fue a dar, por orden del director, en una celda donde ya había tres reclusos políticos.

—Tres meapilas —aseguró uno de los carceleros—. Uno es primo de Herrera Oria, no sé porqué está aquí. Los otros dos son del mismo pueblo.

Lo que no sabía aquel funcionario era que uno de ellos no era precisamente un meapilas. Hombre de derechas, tenía las ideas firmes y entre ellas no estaba la de frecuentar las iglesias. En 1921 había tenido unas palabras con el párroco a propósito de una linde y él, hombre de poco hablar, había decidido no volver a pisar en sagrado por el resto de sus días. Los curas le cargaban, más que

por otra cosa, porque, según él, no habían trabajado en su vida. «Viven del cuento, como los políticos» solía decir y, sin embargo, él mismo fue alcalde durante la Monarquía, ganándose el aprecio del pueblo por su honradez, que no le haría rico, y también la inquina del «círculo republicano».

El caso es que los del «círculo» se reunían todas las tardes a conspirar en uno de los tres bares existentes y de paso echaban unas manos de «flor», juego prohibido entonces por ser de los de «envite». Una tarde de agosto, mientras llevaba un carro de vacas lleno de hierba seca hacia su casa, el hombre se cruzó con los republicanos y alguno de ellos debió hacer una broma en voz baja. El alcalde no se inmutó, pero una vez que hubo dejado el heno en el pajar, bajó a la carretera, se fue hasta el cuartelillo y le indicó al cabo que cerrara el bar.

Fue aquel un cierre muy sonado, pero nadie, ni en el ayuntamiento ni en la barbería que él frecuentaba a diario, le hizo la más leve mención del caso. Ya con la República, en el año treinta y cuatro también tuvo unas palabras con los socialistas que festejaban «la revolución de Asturias».

—¡Muy demócratas! —les dijo— y cuando perdéis las elecciones os tiráis al monte. Esos asturianos tan heroicos donde tenían que estar es en la cárcel.

Y se marchó sin esperar respuesta.

En febrero del treinta y seis, la tarde en que se supo el triunfo del Frente Popular, le fueron a dar la cencerrada unos muchachos. Les largó dos cartuchos de sal «de los que todavía deben estar ras-cándose», comenta esta mañana de agosto. Cuando lo detuvieron, por orden del nuevo alcalde republicano, éste le había dicho:

—Mira, mejor te llevamos a la cárcel, que están los tiempos muy revueltos y te puede ocurrir una desgracia, que eres más conocido que Gil Robles.

—Está bien —contestó el hombre—, tú me dirás quién va a ordeñarme las vacas, porque mi mujer de eso no entiende. Cuando esto se acabe y yo te diga algo parecido a lo que acabas de decirme, veremos cómo te sienta.

Luego cogió una manta, dos mudas y se subió a la camioneta que esperaba en la puerta para llevarlo a la cárcel.

* * *

Cada mañana un guardián acude puntualmente a cada celda con un cubo de agua, una escoba de brezos y un jabón negro para que los presos limpien la celda y un buen trozo de la galería. El carcelero siempre gasta la misma broma:

—Aquí os traigo la máquina de escribir, a ver qué tal os sale hoy el dictado.

Los presos de aquella celda han guardado riguroso turno en tan hogareñas faenas. Pasados unos días, es el propio obispo quien indaga.

—Cuando me toque el turno me lo indicáis, quiero ser uno más en estos trances.

—De fregar en su turno ya me encargo yo —dice nuestro hombre.

—Si es así, muchas gracias —acepta el prelado.

—No hay de qué darlas, no lo hago por usted —contesta—. Lo hago por ésos, por los que están ahí fuera esperando verle con la escoba y fregando.

La anomalía en el turno es percibida por quienes, presos y guardianes, esperan el acontecimiento de ver al clérigo, tan digno, con el cubo, el jabón, la escoba y arrodillado en el suelo.

—¿Qué pasa? ¿Te dan indulgencia plenaria por bailarle el agua al cuervo? —le dice el guardián al darse cuenta del juego.

—Diles a los tuyos que se esperen sentados pues mientras yo esté aquí se van a quedar con las ganas de ver al obispo como si fuera una fregona.

—Eres muy gallo. Pues si tanto te gusta fregar el suelo, a partir de mañana friegas todos los días y en paz, ¿te has enterado?

—Muy bien, pero te sigues quedando con las ganas de ver al obispo por los suelos.

La cuestión no pasó a mayores de milagro, pero el tozudo se salió con la suya. No había pasado un mes cuando se presentó en Santander una delegación del Gobierno Vasco y se llevó al obispo hacia su tierra, salvándolo seguramente de tragos peores que la limpieza del suelo.

A nuestro hombre lo sacaron de la cárcel los italianos cuando entraron en Santander en agosto del año siguiente. Pesaba sesenta kilos, que para su metro ochenta y tres no era mucho. Le quedaban pocas vacas en la cuadra cuando llegó a su pueblo, el resto había acabado en el matadero.

Un teniente de la Guardia Civil se encargó de organizar la represión en el pueblo y en los alrededores. Una mañana, la mujer del alcalde ya depuesto le vino a decir que a su marido lo tenían en la cárcel y que el teniente había dicho bien alto y bien claro que lo iban a fusilar. Nada contestó nuestro hombre, mas después de comer se acercó a la casa consistorial, donde tenía sus reales el teniente, para decirle que no se le ocurriera ordenar semejante cosa.

—Que lo metáis en la cárcel, bien, pero de fusilarle ni hablar, que es un buen hombre —dijo.

—A ti nadie te ha dado vela en este entierro y si tanto interés tienes por ese rojo será por algo, ya te investigaremos —contestó el tenientillo.

—Eso de la vela y el entierro lo vamos a ver.
Cogió su boina y salió de allí más tieso que un panojo.

* * *

—Dígale al obispo que quiero verle. Dele mi nombre pero, sobre todo, no se olvide de decirle que soy el que fregaba el suelo por él en la cárcel.

No tardó el obispo en recibirle con grandes alharacas.

—Mire usted —dijo el hombre—, no le voy a entretener mucho tiempo, le pediré un favor para alguien, porque es de justicia.

Y le contó el caso.

—¿Sabes a cuántos obispos han matado los rojos? —preguntó. Y el mismo se contestó: —A catorce.

—Sí, pero éste de quien le hablo no ha matado a nadie.

—Está bien, si tú lo dices supongo que es verdad. Vete tranquilo.

El alcalde se pasó dos años en prisión, pero salvó la piel. Cuando salió de El Dueso y se acercó a ver a nuestro hombre tuvieron una conversación más bien escasa, pues éste ni le dejó hablar. Fue verle y decirle:

—Sigo pensando de vosotros lo mismo que antes de la guerra, que sois unos zoquetes, pero de lo pasado no hablaremos más. No necesito charla, lo que necesito es que me echen una mano en la siembra. Si no se te ha olvidado trabajar la tierra, te podrías ganar unos duros, no muchos, ya sabes como están los tiempos.